



Autor: **Pol Beckham Branchadell**
Obra: *Nueva alegoría de la caverna*

1
Cuando llega al mundo de las ideas, Platón es recibido con una gran ovación. Tras enterarse de la muerte orgánica del filósofo y de la consiguiente escisión y ascensión de su alma, la muchedumbre se reúne para rendir un sentido homenaje a quien se ha dedicado a difundir, entre los ofuscados habitantes del mundo sensible, las grandezas de esta dimensión suprema. Suenan trompetas, explosión de confeti; los batientes de una gran puerta se abren dejando al descubierto la figura de Platón. Las ideas se alinean en dos hileras paralelas, colocadas, de menor a mayor, según su rango jerárquico. A lo largo del pasillo resultante, Platón empieza su marcha triunfal. Está exultante; reparte apretones de manos y abrazos aleatorios –a la idea de zapato, a la de silla, a la de caballo, a la de blanca, a la de dualidad–, tratando de devolver ni que sea una milésima parte del afecto que recibe. La masa está enfervorecida, la histeria provoca desmayos; las fuerzas de seguridad y los servicios médicos están sobrepasados. El trayecto –son muchas las ideas que se han congregado– se prolonga durante más de una hora. Al final de todo, trajeadas y encorbatadas para la ocasión, lo esperan las cuatro ideas líderes: Belleza, Justicia, Verdad, Bien. Detrás de ellas, hay una comitiva formada por las almas de sus antiguas amistades, encabezada por la de su queridísimo mentor Sócrates. El abrazo entre los dos es de una potencia estética y emotiva casi cegadora; oportuna como siempre, la idea de cámara fotográfica –faltan aún unos cuantos siglos para que tenga una copia terrenal– lo inmortaliza. Sin tiempo para más, empiezan los discursos. Platón los escucha desde la posición central que le ha sido asignada. Ni la obviedad de los contenidos ni la acumulación de tópicos efectistas impiden que se le escape una lágrima intangible: cómo no emocionarse ante los reencuentros, la euforia ambiental, el retorno al paraíso, la constatación, después de inevitables episodios de duda, de que aquello que había predicho en vida no había sido producto de una imaginación psicótica.

El mundo de las ideas le parece, desde el momento en que ingresa en él, lleno de la perfección que había esperado. Todo es nítido, deliciosamente trascendente; queda lejos, por fin, la banalidad insípida del mundo físico. Cada mínima comparación pone en evidencia las graves deficiencias de la tramoya que acaba de dejar atrás. Ahora más que nunca le parece inconcebible que alguien pudiera tomarse en serio aquella pseudorealidad construida a base de toscas imitaciones. Un mundo que, para ser percibido, exige el auxilio de los sentidos y no de la razón, tiene que ser sospechoso. Un mundo en permanente mutación,

Premio Rozasjoven

XIV Certamen de relato corto Rozasjoven

incapaz de producir frutos eternos, que necesita la excusa de la materia para demostrar que existe, sólo puede ser un engaño, una caverna llena de sombras en la que la verdad aparente es pura impostura y la verdad absoluta, una entidad que sólo las mentes más lúcidas pueden llegar a intuir pero nunca comprender en toda su grandeza. Habiendo abandonado la caverna, Platón se siente reconfortado por haberse librado de los instintos de un cuerpo egoísta y caprichoso, por poder acceder al pleno conocimiento a través de la razón. Todo recupera la sublimidad que ni con ochenta años de exilio a una realidad inferior había sabido olvidar ni dejar de añorar.

Pasan las semanas, si es que puede haber continuidad cronológica en un lugar –¿lugar?– tan atemporal como el mundo de las ideas. Platón las pasa en gran parte con Sócrates y otros viejos amigos. Sus conversaciones filosóficas, por el hecho de haber sido resueltos todos los enigmas vitales, abandonan la estructura de debate y se instalan en la apología permanente de este nuevo universo. A menudo lo invitan, en calidad de gran gurú, a eventos organizados por el aparato oficial. Es consciente de que, si ha dedicado toda una vida a defender una causa, ahora tiene que ser consecuente y seguir defendiéndola, aunque ya no tenga que convencer a nadie. Imparte conferencias, participa en mítines, firma autógrafos, se adentra en las altas esferas. Ante auditorios abarrotados de ideas y almas embelesadas, declama una y otra vez sus teorías. Siempre hay quien le pide, por favor, que cuente la alegoría de la caverna. Es la preferida del público: nadie puede resistirse a su atractivo simbólico ni dejar de sentir compasión hacia estos personajes grotescos que, estando invariablemente condenados a contemplar una sombra de la realidad, acaban acatándola como realidad misma.

II

Por mucho que haya vuelto a su tierra prometida, Platón no ha perdido el hábito de cuestionarse todo lo que le rodea. Al llegar aquí, había aceptado el mundo de las ideas como la realidad definitiva, excelsa –platónica–, que tantas veces había imaginado como ser terrenal. Es innegable que, al menos a primera vista, parece mucho más elaborado y consistente que el mundo empírico. Y que se ha sabido ganar la confianza de toda la población, hasta de aquellos filósofos más escépticos. Sócrates, por ejemplo, parece estar encantado. Pero, ¿es objetivamente perfecto este mundo? ¿Se puede considerar, sin ninguna duda, el molde primero de todas las demás dimensiones? ¿Se trata, de verdad, del último eslabón de la cadena? Platón, a medida que lo va estudiando, le encuentra nuevas taras y limitaciones. En un principio, quizás como mecanismo de autodefensa, no le quiere dar demasiada importancia: admitir que el mundo de las ideas no es tan fantástico como había creído sería un golpe durísimo para su ego de filósofo. Pero no puede dejar que el orgullo interfiera en su continua búsqueda de la verdad absoluta. No puede fingir que no pasa nada, seguir obviando el pensamiento que empieza a atormentarlo. ¿Y si el mundo de las ideas no es más que

un atrezo engañoso, una realidad frívola y decrepita encubierta por una fachada opulenta?

Noches insomnes, días de aislamiento. Platón ya no se deja ver en actos públicos ni tertulias privadas. Queda atrapado en una meditación compulsivamente solitaria. Para justificar sus ausencias, improvisa excusas que no tienen la más mínima aspiración de credibilidad. Es obvio que se siente desencantado o molesto por algún motivo que se niega a desvelar. Que Platón, el gran Platón, el ídolo de masas, el mesías, adopte este comportamiento no es bueno para la estabilidad del mundo de las ideas. El resentimiento hacia el filósofo empieza a ser visible entre los órganos de poder y la población. En una medida de urgencia diplomática, la idea de Justicia, la de Verdad, la de Belleza y la de Bien le hacen una visita. Intentan acercarse con ademanes deliciosos; impasible, él se limita a alegar cansancio. Lo invitan a reincorporarse a la vida pública, le proponen cargos de importancia, le prometen comodidades y privilegios. "Eres necesario para nosotros", gimotean casi de rodillas. Durante más de media hora, la secuencia es la misma: intervenciones persuasivas de las cuatro ideas, interjecciones ambiguas y silencios de Platón. A partir de ahí, el tono de la conversación se vuelve, en este orden, frío, hostil y violento. La idea de Justicia resopla para subrayar su disgusto; la de Bien amenaza a Platón agitando el puño al aire. Las otras dos caminan de un sitio al otro, gesticulan, vociferan. Finalmente, como una revelación, estalla la pregunta definitiva: "¿Sigues creyendo, con la convicción de antes, en el mundo de las ideas?" Platón prefiere no responder.

En poco tiempo, pasa de héroe a repudiado. Es silenciado, se le quita el estatus de referente, es sometido a la calumnia popular. Los más íntimos también le vuelven la espalda. Sólo Sócrates, para quien el afecto hacia su amigo es más fuerte que cualquier divergencia ideológica, se mantiene a su lado. Un día, sentados en una idea de taberna –desde las otras mesas, todos les miran con recelo–, Platón le confiesa su intención de rebelarse contra el fraude que, considera, es el mundo de las ideas. Lo dice susurrando: sabe que es peligroso hablar de eso, no sabe exactamente en qué sentido, pero seguro que lo es. Si ha decidido explicarle no es tanto porque quiera aliviar su inquietud, sino porque busca desesperadamente un aliado. Y, ¿quién mejor que él, antiguo compañero de hazañas imposibles? Habían luchado juntos contra las falsas certezas del mundo empírico; ahora debían desenmascarar el mundo de las ideas para reivindicar una dimensión superior que, esta vez sí, sería la definitiva. "Como en los viejos tiempos", dice Platón apelando al argumento sentimental. Si unieran fuerzas, ¿qué no podrían conseguir?

Pero la reacción de Sócrates no es la esperada. Por lo que dice, a él tampoco termina de convencerle el mundo de las ideas, pero prefiere resignarse. Le aconseja que no se enzarce en grandes quimeras, que no se obsesione otra vez con romper la armonía de un mundo que, pese a no satisfacer sus expectativas, genera una aceptación unánime entre sus habitantes. La época de filosofar e

impugnar los parámetros establecidos había sido emocionante, reconoce con un punto de nostalgia para acabar sentenciando: "pero ya forma parte del pasado". Desde que llegó allí, ha preferido renunciar a su eterna insatisfacción de filósofo. Quizá eso implique traicionar sus principios, pero le compensa poder vivir sin grandes preocupaciones. Ya tuvo suficiente con lo de la cicuta. Le dice a Platón que puede ofrecerle su amistad, pero no su alianza para hacer frente al mundo de las ideas.

Platón no volverá, nunca más, a dirigirle la palabra.

La negativa es demasiado cercana a la traición. No entiende como puede ser que el hombre que le enseñó a dudar de todo ahora intente inculcarle el conformismo sistemático como modelo de vida. Pero este contratiempo, lejos de amainar su determinación, aún le da más fuerzas. Está solo, sí, pero más que acostumbrado a nadar contra corriente. Chocará de nuevo contra la opinión pública, sembrará enemigos por donde pase, tendrá que soportar burlas, acusaciones de lunático y hereje. El camino será tortuoso; los obstáculos, seguramente aún más complejos que los que se encontró en el mundo físico. Pero recolectará pruebas, buscará adeptos, fundará academias desde donde organizará la campaña para difundir, entre los ofuscados habitantes del mundo de las ideas, las grandezas de un nuevo mundo –falta aún encontrarle un nombre sugerente– que aloja los modelos cristalinos de estas ideas desdibujadas. Un mundo de eterna e infinita excelencia, donde, cuando consiga acceder en él –no sabe cómo, pero ya lo averiguará–, será recibido, seguro, con una gran ovación.